

RESEÑAS

**SOBRE *DETALLES DE LA TIERRA SIN MAL*
DE PABLO FRANCO**

La Flor Azul, 2025

Por

Adela Busquet

Universidad de Buenos Aires - CONICET

Profesora de Filosofía por la UBA, actual doctoranda en Letras por la misma universidad y becaria doctoral del CONICET. Se desempeña como docente en la Universidad del Cine y la Universidad de Belgrano. Es adscripta a la cátedra “Poesía Universal I” de la UNA. Participa de proyectos de investigación en la UBA y la UNA.

Contacto: lelibusquet@gmail.com

ORCID: [0000-0002-2740-8650](https://orcid.org/0000-0002-2740-8650)

DOI: [10.5281/zenodo.7474686](https://doi.org/10.5281/zenodo.7474686)

“Es o no es escritura de IA”, tal el fantasma que recorre hoy el campo textual. Perseguida por esta nueva espectrología, me sentí en libertad de escribir acompañada más por el ritmo que la lectura de este libro impregnó, que por las directrices académicas que indican la correcta escritura: espejo, hoy día, de una textualidad artificial. Supongo que hay estelas, seguramente mínimas, de ese español antiguo que se lee en fragmentos transcritos de los diarios de Colón y otros tantos registros de época. Y supongo, también, posiblemente haya algún que otro rastro de la oralidad americana –¿cómo llamarla?– que el libro recoge y transcribe de las tantas fuentes que lo habitan.

¿Cuál es la fuerza motriz de esta obra que viaja, a través de los distintos capítulos, a tiempos, algunos cercanos, otros tan lejanos como fundacionales? Esa pregunta acompaña mi lectura de este libro especialísimo. Libro hecho de libros, en el sentido de libro de lecturas: Pablo Franco cuenta lo que lee, las obras que efectivamente leyó y dejaron en él una conciencia que no pudo, sino, escribir. Ahora me toca a mí hacer una lectura de sus lecturas y, como inevitablemente pasa, se trata de hacer algún mojón y decidir alguna dirección que dispare un sentido en este texto que avanza a mucha velocidad desde un polo –sur– al otro –norte– del continente, pero también desde un tiempo –¿originario?– hasta otro –actual– de nuestra América.

¿Cómo capturar, entonces, una especie de unidad en la amplia variación de apartados temáticos que integran *Detalles de la tierra sin mal*? Propongo la siguiente: una polaridad que va desde la numismática y fantasiosa visión de los primeros conquistadores –dirá el padre De las Casas: “El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar”– hasta –vereda opuesta o, quizá, contigua– la Tierra sin mal, “Yvy Marãeĩ”, expresión registrada a comienzos del siglo pasado por el pseudo etnólogo alemán *Nimuendajú* en sus estudios sobre, lo que, de modo muy general, se denomina el pueblo guaraní, pero que –como aclara Franco– abarca, en realidad, “muchas parcialidades” como “los ava, tupi, mbya, tapiete, ache, pãĩ tavyterã o kaiova, ñandéva o chiriguano, chane, chana timbu y kariña”, todos ellos tan solo algunos, muy pocos, de los nombres de las tantísimas poblaciones que habitaron y habitan este suelo indoamericano.

Sobre esta última palabra, se lee: Indo: “proviene de una antigua lengua reservada para los oficios sagrados y escrituras sagradas del hinduismo”. Indio: “el nombre de un río que nace en la meseta tibetana, pasa por la India y atraviesa Pakistán”. Indígena: “proviene del latín y se utilizaba para designar la adscripción a un lugar de nacimiento: de indi- (de allí) y gen- (nacido). Su

sentido etimológico sería ‘nacido allí’ u ‘originario’”. Extendiendo el alcance de su etimología hasta una posible interpretación, podríamos decir que el término indígena nos hace ver que aquel que usa esta designación nunca es efectivamente quien ha nacido allí, porque allí es lo contrario de acá y, por eso mismo, esta palabra –indígena– es dada, o sea, puesta por alguien que nunca es de allí, sino de otro lugar.

Pero volvamos a la idea de intentar visualizar, en la extensión que una reseña supone, una posible unidad. Como se anota en el índice, las series son muchas. Acá, apenas, una de ellas hecha de los hechos que impactaron después de una primera lectura. Y uso este término –impactar– en el sentido que Lacan le asigna a la función paterna: sorprender, impresionar. ¿Qué sería eso? Armar una escisión o una diferencia a partir de la cual se “dice que no al todo” –en este caso, la mera enumeración seriada– produciendo la unicidad como efecto de un no todo, que funda, a su vez y un tanto paradójicamente, lo universal.¹

Acá, entonces, una serie que no enumera sino que impacta y congrega una forma de universalidad americana: los diarios de Colón, los *Naufragios* de Álvar Nuñez Cabeza de Vaca y su gobierno de Asunción en 1540; Simón Ortiz, poeta bilingüe del pueblo Acoma del norte continental; los Túkule por Ticio Escobar; la profanación de las tumbas incas en el volcán Llullaillaco en 1999; la “conquista del gran Chaco” y la masacre de los Pilagá el año 1919 en la reducción indígena Napalpí; el sincretismo y las curaciones de Toniket – del grupo *kedokopí* (gente del jaguar)– y la nueva masacre, años después, en el madrejón llamado La Bomba comandada por Emilio Fernández Castellanos el 10 de octubre de 1947. Sobre este último hecho, dos detalles. El primero: antes de disparar sobre los pilagá, las avionetas de la gendarmería argentina tiraron bolsas de caramelos desde el cielo para que la población saliera a buscarlos; y el segundo: frente a los disparos efectuados a 50 metros, muchos de los hombres pilagá, ya evangelizados, avanzaban frente a las balas con “la

¹ Eric Laurent en su conferencia “El psicoanálisis como respuesta a lo real hoy” (2024), en torno a la función paterna lacaniana señala que el padre que impacta [*épate*] es el que dice no al todo. En particular, al todo de las mujeres. Esta es la función de diferenciar. Es quien diferencia, el que no confunde. El impacto de un padre es, entonces, aquel que “sobre la diferencia misma de los goces puede fundar lo universal a través de la no confusión de todos los goces: el mito de todas las mujeres o las mujeres todas” (Laurent, E. “El psicoanálisis hoy” en “Psicoanálisis lacaniano”, 2024). Lacan utiliza el neologismo “unegar” (*unier*), que indica unir y negar a la vez. Para más desarrollo, ver el Seminario XIX “...o peor” de Jacques Lacan.

Biblia en las manos” cantando “Cristo ven a mí” seguros “de que no podían hacerles daño”.

Detallemos –como el título de este libro indica–, alguno de sus momentos: el principio. De los capítulos iniciales, ese que, al modo de una biografía, despliega la vida de Cristoforo, Cristóbal, Cristóvão Colombo, Colón. Se narra su infancia, su ser hijo de quién, la centralidad de su hermano Bartolomé y el encuentro con ciertos portulanos o cartas marinas en Lisboa en cierto momento de su vida que dio pie, precisamente, a todo lo que vino –América–, pero también su ímpetu y su fe: Franco recuerda que fue la Biblia el libro que convenció al Almirante en su viaje a las Indias de ultramar y que forjó, quizá, su arrojo y su ambición, esa fuerza, finalmente indispensable para la apropiación general de las tierras y de los hechos, que, como puede verificarse, se hace presente, por caso, en la siguiente anécdota que narra el autor. Se cuenta que un tal Rodrigo de Triana a las dos de la mañana de aquel 12 de octubre, divisa, desde la *Pinta*, “algo a la luz de la luna”. Pero, frente a la recompensa económica que esta primacía implicaba, fue Colón quien se asigna el haber “vido lumbre” –primer avistaje de una de las islas del archipiélago Bahamas– cuatro horas antes. Esos detalles están presentes todo el tiempo en todo el libro.

Entonces, como esta reseña se trata, en el fondo, de acercar *Detalles de la tierra sin mal* a sus nuevas lectoras y lectores, sigo ahora la dirección de esta diagonal, que, a mi entender, atraviesa el libro entero: oralidad y escritura. A la inversa de lo que señalara Derrida en su seminario *La bestia y el soberano*, la oralidad en América pareciera haber sido y ser la verdadera forma de inscripción –usemos su terminología– anti logo-falo-céntrica. Si la escritura, para el filósofo francoargelino, huía a la presencia dejando una marca sostenida en la ausencia de eso que se dice, y que, justamente por eso, por su vacío o vacuidad, se dice –he ahí el funcionamiento de todo signo–; la oralidad, en cambio, señala Derrida, es deudora o prestadora de la metafísica de la presencia. Lo oral no encuentra sustracción, ni abstención, ni fuga: helo todo allí presente y en presente. Hasta ahí Derrida. El tema es que América, sobre todo Sudamérica, sobre todo su historia, la historia de su conquista, la historia de su borramiento, funcionaría de otra manera. La oralidad sería, en vez de logo-fono-falo-céntrica, más bien su contrario: lo que el tiempo –¿el tiempo?– se llevó. Lo más borrado. Esta serie –la colonización de lo escrito por sobre lo oral– se registra en varios momentos del libro. Pero ni bien empieza ya se menciona. Después de enumerar una serie de textos que marcan

un corte en el corpus occidental, dice: “Se abría ante mí una brecha insalvable, que aún existe. [...] La palabra oral ante la escrita”. Y agrega: “Es una de las maldiciones de quienes hoy continuamos la tarea de pensar y escribir sobre América”.

Si lo anterior es una diagonal, me gustaría, como último parate, traer al frente, ahora, un mojón: el capítulo “Niños robados a la Montaña sagrada”. Todos recordamos, ya sea porque alguna vez fuimos al museo de Arqueología de Alta Montaña en Salta y lo vimos, o porque escuchamos la noticia de su “descubrimiento” en 1999 (también se utiliza el verbo “recuperación”) de los tres niños del *Apu*, término que –como explica Franco– significa señora o señor y hace referencia a las montañas sagradas en la cultura inca: el niño, la niña del Rayo y la Doncella, “las tres momias mejor conservadas del mundo”. ¿Qué leemos en este capítulo? Los tires y aflojes del llamado descubrimiento o recuperación o robo por parte del arqueólogo estadounidense Johan Reinhard y la arqueóloga argentina Constanza Ceruti del *waka* –sitio sagrado– donde dormían, en ofrenda eterna, los “hijos del Sol” –Inti–, santificados en Cusco como el mismísimo Inca. Es decir, los vaivenes de la fascinación por lo nuevo, un nuevo objeto de estudio para la ciencia y para la Universidad Católica de Salta, pero también, una nueva profanación de lo que el tiempo guardó como sacral, tal como eran, esos niños, “bellos y libres de señal o mancha”, ofrendados en el ritual estatal inca de Capacocha (qhapaq hucha) –ceremonia realizada hasta comienzos del siglo XVI–, a su dios, Viracocha, “el dios Creador”, “resplandor eterno”, “fuente de vida”, “hacedor del mundo”. ¿Qué podemos concluir luego de su lectura? No hay una respuesta clara, al menos para mí, sobre qué pensar o cómo pensar estos hechos. Lo que hay es un despliegue de las capas narrativas, la historia, de la cual, como el polvo de las estrellas presente en nuestros huesos, estamos, igualmente y sin lugar a dudas, hechos.

Creería que habiendo despejado estas zonas, de tantísimas otras muy abigarradas del libro, pareciera haber una puerta de entrada para nuevas lecturas. Ojalá sea así, porque entre las cosas que hoy podemos leer y escribir, *Detalles de la tierra sin mal* –publicado por la editorial La Flor Azul en 2025– sería, al menos lo fue para mí, un espejo retrovisor de quiénes fuimos siendo, somos y seremos. De quién se es. En el doble sentido de la expresión: propiedad de quiénes somos y cuál es, si es que es posible saberlo, nuestro ser americano.